

DE MUERTE Y LOCURA: TRES ACOTACIONES SOBRE EL FINAL DEL QUIJOTE*

Adrián J. SÁEZ
GRISO-Universidad de Navarra

Al final de sus aventuras don Quijote debe morir, mal que le pese a Rubén Darío. Como apuntaba Borges, "El libro entero ha sido escrito para esta escena, para la muerte de don Quijote" (1956: 26). Desde el comienzo de la novela la muerte es el fin que espera al personaje: "no ha mucho tiempo que vivía" (I, 1) un hidalgo que frisaba los cincuenta años y que su sobrina ve "viejo", "enfermo" y "por la edad agobiado" (II, 6). Él mismo dice haber nacido "para vivir muriendo" (II, 59); en el curso de sus peripecias contempla la posibilidad de fallecer como un caballero muerto que llevan a enterrar (I, 19); declara tener hecho testamento (I, 20); y en el último lance de la primera parte parece morir ("no bullía pie ni mano"), ante lo que Sancho pronuncia un fúnebre lamento: "¡Oh, flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años!" (I, 52). Desde un enfoque metaliterario, el elogio de *Tirante el Blanco* (I, 6) y la reflexión picaresca de Ginés de Pasamonte (I, 22) siguen por este camino. Y si la incógnita sobre "su fin y acabamiento" se desvela en la caja de plomo donde se halla noticia de su sepultura y epitafios (I, 52), la segunda parte empieza anunciando desde el prólogo un don Quijote "finalmente muerto y sepultado" (677), promesa que se suma al horizonte de expectativas del lector¹.

* Este trabajo tiene una segunda parte titulada "De Cervantes a Quevedo: testamento y muerte de don Quijote", sobre la reelaboración quevediana del final de la novela, que verá la luz en *La Perinola*, 16, 2012. Agradezco a Jesús G. Maestro, buen amigo, sus comentarios sobre el último apartado.

¹ Cito por la edición dirigida por Rico según parte y capítulo, o páginas para los paratextos. A estas manifestaciones textuales se suma la emblemática y las refe-

Pero poco antes de morir, don Quijote sana de su locura. Y esta transición que Borges (1947) encontraba abrupta o un ejercicio de crueldad para Rodríguez Juliá (1993: 199), es una disolución progresiva (Maestro, 2009: 336-343) con mucho sentido y cuidadosamente orquestada². Ciertamente el personaje no puede existir cuerdo, porque Alonso Quijano no es capaz de continuar sus lances y el interés novelístico decaería: según la estructura global de la novela y en cuanto relato de aventuras, el regreso a la aldea supone la vuelta al aburrimiento y a la reducción de horizontes que precisamente dan origen a sus locas andanzas, con el gusto derivado de los lectores³. Con todo, hay algo más. En el caso de sus días dice el caballero: "Yo me siento [...] a punto de muerte: querría hacerla de tal modo, que diese a entender que

no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que, puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte" (II, 74).

Pretendo, en fin, relacionar dos de los temas cruciales de la novela: la locura y la muerte. En cierto sentido corren parejos en la segunda parte: significativamente, el proceso de desencantamiento que sufre don Quijote hacia la cordura coincide con una creciente presencia del discurso de la muerte. En aras de explicar esta transformación es preciso relacionar el *Quijote* con tres géneros discursivos: el fenómeno de las continuaciones con Avellaneda al frente, las novelas de caballerías y las artes de bien morir, junto con la preceptiva cristiana expuesta en otros textos. A todo ello se suma la cuestión, nada baladí, de terminar una narración⁴.

LOS FINALES DEL QUIJOTE, AVELLANEDA Y LAS CONTINUACIONES

Porque el *Quijote* de 1605 presenta un final abierto que deja vía franca a continuaciones, a la espera de la tercera salida del caballero. De hecho, Fajardo (1994: 41) dice que el texto *stricto sensu* no se cierra y mantiene el suspense con la promesa de futuras hazañas. Esta inconclusión se convierte en "un principio poético que se exhibe e integra sistemáticamente en el texto" (Ehrlicher, 2006: 48), pues el final no es definitivo ni provisional, ya que se anuncia la continuación de la historia mientras se anticipa la muerte del héroe⁵. Y este capítulo debe considerarse una crítica de las posibilidades de conclusión en narrativa (Fajardo, 1994: 43).

Cervantes parece prometer una continuación, pero mantiene la duda a la vez que deja el esquema trazado, seguramente a la espera de la recepción de su novela⁶. En el caso de que no prosiguiese, el silencio

rencias clásicas: ver Cull (1992); Müller (2005: 165-169). Un panorama sobre la muerte en la obra cervantina en Juliá Martínez (1947-1948); Canavaggio (2004); y resumen crítico en Fernández (2006). Sicoff (1975: 290-291) mantiene que la muerte del personaje es novedosa en tanto meta de su camino vital, cuajado de una profundidad existencial mayor que la de sus comparsas. El cuadro se completa con las muertes de Grisóstomo (I, 12), Anselmo (I, 35), etc.

² Las etapas serían: *sensatez*, *locura* y *razón final* (Fernández, 1985: 11); Morón Arroyo (2005: 229) diferencia entre *ilusión* y *alucinación* en cada parte. No puedo detenerme en las discusiones sobre si el tránsito a la cordura de don Quijote es cierto o irónico: ver Aladro (2005); y Frenk (en prensa), que no he podido consultar. Es significativo que, pese a su transformación en Alonso Quijano, el capítulo se titule "De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte" y que el narrador haga caso omiso del cambio de nombre que va aparejado. Tampoco lo contemplan los narradores de Avellaneda y de Cervantes al comienzo de sus segundas partes, cuando el personaje está en su seso y olvidado de sus delirios.

³ Otra opción posible era que muriese en algún lance, sobre lo que hay un pasaje significativo en el *Quijote* de Avellaneda, cuando dicen al loco: "Mire por su alma y reconozca la merced que Dios le ha hecho en no permitir muriese por esos caminos a manos de las desastradas ocasiones en que sus locuras le han puesto varias veces" (36, 719). Se puede comparar con el despertar del caballero y su agradecimiento a la misericordia divina en la segunda parte (II, 74). Bandera (2005: 158-159) explica que la muerte tiene "una doble y simultánea función: frente a ella, despierta don Quijote de su locura, se libera de la ficción, ve y reconoce su realidad, y, al mismo tiempo, a través de la muerte de don Quijote, Cervantes se dirige al lector para decirle precisamente que ahí termina la ficción, que no hay más que decir", porque entonces don Quijote ya no es materia de ficción.

⁴ Ver Rodríguez-Luis (1991); Domínguez Matito (1999); Krömer (2009). El *incipit* y el *explicit* en el *Quijote* suponen el comienzo y el fin de la locura. Ehrlicher (2006: 47) recuerda el contenido de finitud y mortalidad (*Endlichkeit*) que posee el fin de una historia.

⁵ Schmidt (2000: 120-122) considera que se trata de una "apertura especular" relacionada con las variadas lecturas que ha recibido la novela.

⁶ Este final, según Rodríguez-Luis (1991: 232), se suma al constante rechazo del libro por cerrar la acción, siempre diferido, mientras acepta las constantes interrupciones e interpolaciones.

de los archivos justificaría su abandono dentro de la técnica narrativa del cronista y la pretensión de veracidad. Asimismo, este inconcluso final se remonta al género del romance o los libros de caballerías, propensos a la ficción interminable y a la sucesión de aventuras sin fin, según ya notó Frye (1991; 1992), aunque Williamson (1991: 133) mantiene que la creación de un héroe loco rompe con el romance⁷.

Más el éxito abrió el camino a la segunda parte, que sería menos valorada por los lectores (Chevalier, 1981): en ella, frente al gusto por narrar propio del romance y el *open-end*, Cervantes rompe la dinámica y orquesta un final definitivo con la muerte del héroe. Según Koppentfels (2006: 72), el capítulo final de la segunda parte "crea una forma reflexiva de la infinidad" porque pone fin a la antigua serie sin fin de las novelas de caballerías. Si la primera parte se asemeja al *fluir* de la vida, en la segunda el río va a "dar en la mar, que es el morir", que diría Manrique⁸.

Hay otros factores que intervienen. La promesa de futuras conti-nuaciones también era un tópico del género picaresco, donde con frecuencia resulta defraudada⁹, sin olvidar la progenie áurea de Celestina. Cervantes contaba con el precedente de Alemán, quien había enfrentado a su rival en una lucha mimética y agonal, incluso dentro de la propia ficción (Ehrlicher, 2007: 158-164). Así, en la conclusión del *Quijote* se produce una mediación entre Cervantes y otros autores, en la que des-collan especialmente la conflictiva continuación del *Guzmán* y el apócrifo de Avellaneda (Martín Jiménez, 2010). Este se inserta conscientemente en tal tradición y se aprovecha del resquicio que deja Cervantes en 1605:

Solo digo que nadie se espante de que salga de distinto autor esta segunda parte, pues no es nuevo proseguir una historia de

7 Para Frye (1991: 414), el *Quijote* es un designio ficcional amplio que emplea tres formas: novela, romance y sátira, aunque en otras ocasiones aprecia el predominio de la sátira menipea.

8 Sobre este contraste entre preparación y demolición de un mundo imaginario pueden verse algunas notas sueltas en Rodríguez-Luis (1991).

9 Algunos ejemplos son la segunda parte del *Buscón* y *La pícaro Justina*, la tercera del *Guzmán*, etc. También Cervantes promete nuevos relatos tras el *Coloquio de los perros* (vida de Cipión) y *Rinconete y Cortadillo* (sus aventuras como miembros de la cofradía de Monipodio), más la continuación de *La Galatea*.

diferentes sujetos [...]. No me murmure nadie de que se permitían impresiones de semejantes libros, pues este no enseña a ser deshonesto, sino a no ser loco; y permitiéndose tantas *Celestinas*, que ya andan madre y hija por las plazas, bien se puede permitir por los campos un don Quijote y un Sancho Panza, a quienes jamás se les conoció vicio, antes bien, buenos deseos de desagrarivar huérfanos y deshacer tuertos, etc. (197 y 201)

Aunque no deba sobrevalorarse su influencia en la gestación del *Quijote* de 1615 ni en la muerte del personaje, no hay duda de que Cervantes se ve forzado a revisar su novela a tenor del alógrafo¹⁰. Es un instrumento muy útil para aproximarse a la lectura contemporánea de la obra y reconstruir el proceso de composición de la auténtica segunda parte. En el terreno de la recepción, muestra cómo los lectores coetáneos apreciaban a don Quijote por su cómica condición de loco. Dentro de sus numerosas variaciones, Avellaneda hiperboliza este rasgo: porque pese a que en el prólogo dice que su libro "enseña [...] a no ser loco" (201), don Quijote se convierte en un personaje delirante, sin brillos de lucidez y desamorado, más cercano a los bufones de corte¹¹. Por ello, "Cervantes quiso [...] desavellanizar el *Quijote* que el apócrifo había avellanizado", en palabras de Gómez Canseco (2006: 44). El *Quijote* de 1615 no sería lo que es sin el asalto de Avellaneda, pero tampoco hay que considerarlo el acicate básico para su redacción. Esta continuación no iba a quedar, como otras veces, en una mera promesa.

Así pues, el cierre definitivo de la historia de don Quijote bajo la pluma de Cervantes parte del deber de imponerse a los finales de 1605 y 1614. Además de otras estrategias de respuesta, Cervantes concibe un final sin remedio: la muerte del personaje, orientada a evitar "que ninguno se atreva a levantarle nuevos testimonios" (677), erigida en "cas-

10 Con un cierto exceso, Ehrlicher (2006: 62) opina que "se podría pensar perfectamente que a Cervantes le hubiera bastado con un primer libro y que jamás hubiera concluido su obra como lo hizo en la segunda parte si no hubiera sentido la coacción de otra ficción, que lo impulsó y obligó a continuar la historia de su héroe como un acto de resistencia contra la reducción monologizante y la instrumentalización moral que caracterizaban el texto de Avellaneda".

11 Anota Sicroff (1975: 273): "La obra de Avellaneda resulta ser, después de todo, más anti-quijotesca que anti-caballeresca. Su blanco principal es el hidalgo vuelto loco por sus malas lecturas, por las cuales cae en el absurdo de pasearse por el mundo como un alucinado caballero andante".

tigo para el escritor anónimo y enemigo" (Gómez Canseco, 2006: 45), amén de contribuir a ridiculizar al deformado personaje, "una figura absurda, incapaz de soportar el peso de la muerte" (Sicroff, 1975: 268). Para salir victorioso del envite, ha de responder también a la caricatura demencial del personaje. Su recuperación de la cordura configura una muerte doble: como don Quijote, personaje metaficcional, y como Alonso Quijano el Bueno¹². Ya al final del apócrifo se dice que don Quijote se vuelve cuerdo, mas solo hasta que es liberado de la Casa del Nuncio y puede proseguir sus peripecias (36, 720)¹³. En la segunda parte auténtica no: la locura se difumina progresivamente y cede el paso a la muerte. Cervantes contradice así la demencia del espúreo caballero, denuncia sus falsedades y acaba con la opción de una cuarta salida por Castilla la Vieja, que Avellaneda anuncia y desarrolla parcialmente. En su particular partida, Cervantes ha recuperado su autenticidad literaria¹⁴. La única opción que resta sería resucitar al personaje, recuperación milagrosa frecuente en los libros de caballerías y técnica empleada por Feliciano de Silva en la *Segunda Celestina* (1534), pero el escribano testifica su defunción para que nadie "le resucitase falsamente" y el narrador del *Quijote* previene al falso autor que se abstenga de sacarlo otra vez "contra todos los fueros de la muerte" (II, 74)¹⁵.

12 Ver Andrés Gil (1996). Lo Ré (1989) concibe tres muertes del personaje: la burlesca y anunciada del final de la primera parte, con sepultura y epitafios añadidos; el esbozo de II, 24, con la sugerencia de fingimiento de don Quijote; y la final, más digna.

13 Sicroff (1975: 270) subraya la similitud en el tratamiento para curar la locura del hidalgo en ambas obras.

14 Para esta problemática ver Ehrlicher (2006: 54-62). Morón Arroyo (2005: 207-211) subraya el paso de "padrastró" a "padre".

15 De regreso a su aldea, Sancho cree muerto a don Quijote por los golpes de los disciplinantes, y con "las voces y gemidos" que da "revivió don Quijote" (I, 52). Parece ser una parodia de las quasi-resurrecciones caballerescas que trato a continuación. Avellaneda aprecia esta característica: "he oído y leído de infinitos caballeros, y principalmente de Amadís de Gaula, que, habiendo estado muchas veces a pique de ser muertos, vivían después muchos años y venían a morir en sus tierras, en casa de sus padres, rodeados de hijos y mujeres" (6, 291). En la segunda parte, don Quijote responde a Sancho que es más difícil resucitar a un muerto que matar a un gigante (II, 8). Para Fox (1985) las recurrentes alusiones a muerte y resurrección significan la muerte espiritual de don Quijote (su locura) y prefiguran su recuperación de los sentidos (su desengaño); subraya, además, la falta de referencias a la muerte de los personajes en la lectura de Sansón Carrasco de la primera parte.

LA MUERTE DEL CABALLERO

La muerte de Alonso Quijano es ejemplar y el escribano señala uno de sus modelos (*a contrario*): "dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote" (II, 74). Irónicamente, ni en su lecho de muerte puede alejarse de los libros que le hicieron enloquecer. El final sereno, rodeado de la familia y en paz con Dios no era usual en los finales de las novelas de caballerías, a cuyas fantasías renuncia el moribundo hidalgo. Y aunque al inicio de la segunda parte proclame a los cuatro vientos "caballero andante he de morir" (II, 1), no será así.

Es, por tanto, un elemento más dentro de su parodia o crítica de los libros de caballerías, dirección a la que apunta el elogio de *Tirante el Blanco* que pronuncia el cura durante el escrutinio¹⁶: "por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos los demás libros deste género carecen" (I, 6). En efecto, Tirante sucumbe a la enfermedad y cumple con los trámites debidos: "se tuvo por muerto y mandó que llamasen a su confesor. [...] Como ovieron hecho lo que cumple al ánima, hizo llamar a su secretario y ordenó su testamento" (v. 184-185). Es ya común señalar que la muerte de don Quijote se funda en este ejemplo, honrosa excepción al esquema habitual, en cuya estela el personaje morirá en buena ley cristiana. Como Tirante, morirá enfermo, pero no será tras haber vencido definitivamente a los sarracenos, sino todo lo contrario: derrotado y obligado a retirarse por un año a su aldea.

En cualquier caso, la sosegada muerte de Alonso Quijano, ya sin los delirios quijotescos, representa un nuevo vínculo con un género tan crucial para la novela. Galván (en prensa) analiza con maestría el motivo de la muerte en los libros de caballerías y su inexcusable relación con el *Quijote*¹⁷. Los testimonios conservados de los lectores prueban

16 Y no una traición a la parodia de estas ficciones, como quiere Koppenfels (2006: 72). Sobre el *pentimento* en narrativa y el caso del *Quijote*, ver Krömer (2009: 428).

17 En lo que sigue, me baso en este estudio de Galván (en prensa), a quien agradezco el envío de sus textos sin publicar. Ver también Fernández Jiménez (1994); Mazzocchi (1995: 595-596); Lawrence (1999).

que la muerte es un horizonte esperado en el itinerario del caballero: la admiración que despierta no existiría si no corriese peligro de morir. Pero su representación, según se ve en el elogio del *Tirante*, contrasta con la imagen ofrecida en los textos didácticos sobre la muerte, que trata luego.

El caso de Amadís de Gaula es significativo por su capacidad de sufrir muertes aparentes y regresar a la vida: una trampa de Arcalaús el Encantador le hace caer "en tierra como muerto [...] y todos piensan que lo matará" (I, 18); mas vuelve mágicamente a la vida gracias a dos doncellas (I, 19); el desdén de Oriana le aboca a retirarse de la vida pero cuando parece estar al "estrecho de la cruel muerte", una carta de su amada resuelve la situación (II, 52). También en sus hazañas la Parca lo llama en repetidas ocasiones: malherido en su victoria contra el Endriago en la Isla del Diablo, es curado por el sabio Elisabad (III, 73). Al final, una terrible batalla debía ser el final de su vida en la versión original, pero Garcí de Montalvo lo reduce a una metáfora: las hazañas de su hijo Esplandían superarán a las suyas.

La magia y los encantamientos justifican que lo característico del caballero sea "permanecer cerca de la muerte pero diferir la continuamente" (Galván, en prensa). Y aquí surge el factor diferencial de Tirante: aunque también casi muere varias veces, no se libra del curso natural y es vencido por la enfermedad. Pero si su forma de morir se adapta a las prescripciones del momento, el narrador subraya el giro de la rueda de la Fortuna, pues fallece justo después de su mayor triunfo.

Más relación con el último trance de don Quijote se presenta en *Lisuarte de Grecia y muerte de Amadís* (1526), de Juan Díaz: Urganda profetiza su muerte, algunas derrotas lo sumen en la tristeza y la enfermedad, desengañan al desencanto progresivo del hidalgo manchego en la segunda parte, con presencia (imaginaria) de encantadores incluida. También sus acciones finales son parecidas: parlamento a sus familiares, testamento, oración, etc. Sin embargo, a pesar de este final Feliciano de Silva escribe nuevas sagas caballerescas.

Esta perspectiva permite volver sobre el problema de las continuaciones y la muerte del personaje como técnica de cierre: los mismos procedimientos de salvación del morir se mantienen en los descendientes del caballero, lo que permite dudar que la muerte de don Quijote se deba al deseo de evitar continuaciones porque en la tradición caballerescas este recurso no es funcional, según muestra la genealogía de Amadís ya citada (Galván, inédito: n. 22). Como fuera, la estrategia le resultó efectiva a Cervantes porque Avellaneda no volvió a dar señales de vida. A decir de Galván (en prensa), este género presenta "la

decantación de una poética de la narración y la muerte que se percibe más claramente a *posteriori*, desde la atalaya del *Quijote*".

No hay duda de que la muerte de don Quijote no se inscribe en el esquema habitual del morir caballeresco: aquí el personaje tiene el firme propósito de morir, pero sobrevive a todas las acciones en el nivel diegético y su voluntad de fenecer cual corresponde al caballero andante no se cumple, y solo será vencido por una degradación paulatina¹⁸. Es una desviación paródica e intencionada de un modelo capital de la novela, uno más de la amalgama sobre la que se funda la muerte del hidalgo.

MEMENTO HOMO... DOCTRINA CRISTIANA SOBRE EL BUEN MORIR

En la novela, la preocupación por la buena muerte aparece en palabras de don Quijote al paje soldado: "el peor [suceso] de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir" (II, 24)¹⁹. En el *Especulo de cristal* (1625) de Pedro Espinosa, una de las sentencias iniciales que un ermitaño enseña es la importancia de la *mediatio mortis*: "la más terrible y espantosa [cosa] es la muerte, y la mayor ciencia, aparejarse para bien morir. Y no hay cosa más olvidada" (61). En este sentido, las *ars bene moriendi* de raigambre medieval son otro referente que debe considerarse: nacidas en el siglo XIV y difundidas en latín y romance a lo largo del siglo XV, eran una suerte de manuales que ver-

18 Galván (inédito) estudia con detalle la voluntad extradiegética de cerrar el texto con la muerte del protagonista y el discurso lógico sobre la muerte que se rastrea en él: "el *Quijote* no es más que eso: que Alonso Quijano al principio está para morir y al cabo muere. Entre medias, su modo de aguardar la muerte, un enorme bucle que da testimonio del poder y la futilidad de la voluntad".

19 Es un claro eco de la *Ética a Nicómaco* (III, 6, 1115a) de Aristóteles, repetida en otros tratados, pero no anotada en la edición dirigida por Rico: "lo más temible es la muerte: es una terminación, y más allá de ella nada parece ser ni bueno ni malo para el muerto". La referencia aparece indicada en el anónimo *Arte de bien morir y breve confesionario* (1479-1484): "segund el Philósofo en el tercero de las *Éthicas*, la más espantable de las cosas terribles sea la muerte" (81). El título del libro de Espinosa encierra la imagen de "la muerte como espejo de la vida", muy repetida en este discurso. Schmidt (2010: 127-128) lo relaciona con el episodio del Caballero de los Espejos.

saban sobre la experiencia espiritual del moribundo, aconsejaban a los religiosos y acompañantes y se centraban en los pasos preparatorios para una muerte digna y "dominada"²⁰. A partir del siglo XVI recogían también las disposiciones del Concilio de Trento, en una evolución que transforma el bien morir en el debido bien vivir. Constituirían el núcleo de un discurso de la muerte omnipresente, que hoy no es fácil de entender, y que se ramificaba en los sermones y otras obras como el *Libro de la oración y meditación* (1554) de fray Luis de Granada.

Godoy (2004) ha reconstruido el contexto documental que Cervantes pudo haber consultado para diseñar el ejemplar paso a la otra vida de su héroe: *Arte de bien morir* (1510) de Rodrigo Fernández de Santaella, *Castillo de la muerte* (1574) de Juan de Timoneda, etc., etc. Los comentarios sobre la naturaleza de la muerte y su representación metafórica (danza, puerto para el naufrago, espejo de la vida, sueño...) se configuran a raíz de este discurso social y religioso. Según Schmidt (2007: 114), "Aunque don Quijote no consiguiera leer ningún texto de este género, resulta evidente que Cervantes conocía bien tanto los aforismos y axiomas que se repetían como la doctrina católica acerca de la muerte y la vida después de la muerte que estos libros propugnaban". Así lo prueba el uso de tópicos fúnebres (de origen textual o iconográfico) que se aprecia en la conversación de los personajes, a través de la cual se introducen conceptos modernos y preocupaciones existenciales²¹.

En su análisis sobre teleología y teoría narrativa, Galván (inédito) pone en diálogo la novela con otros textos de su entorno próximo que presentan diferentes tratamientos y anticipaciones de la muerte: en la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro, la *Celestina* y *El caballero puntual*

de Salas Barbadillo, descubre un juego entre las acciones de las figuras y el discurso narrativo, que culmina en una mayor riqueza de medios en el *Quijote*.

En efecto, vencido en sus andantes aventuras, el personaje sigue los preceptos del caballero cristiano y se prepara debidamente para la muerte. Cumple con las fases establecidas: yace en el lecho (lugar sacralizado en tal trance) rodeado de sus familiares y amigos (aunque los tratados preferían solo a los segundos), acepta su destino "con ánimo sosegado" (II, 74) y destaca la misericordia divina; pide perdón a quienes ha ofendido, especialmente a Sancho y con ironía a Avellaneda; en su testamento atiende al reparto de su hacienda y al futuro de los suyos, reconciliado con la sociedad. Y queda en paz con la religión mediante la correcta administración de los sacramentos. Aunque hay una serie de omisiones y dejes irónicos, en general el cuadro pintado por Cervantes se adapta a las directrices principales de estos tratados, los cuales renuevan la imagen iconográfica de la muerte como caballero andante.

No obstante todo esto, puede añadirse algo más sobre la influencia de las artes de bien morir en este diálogo entre locura y muerte, íntimamente relacionadas ya por su universalidad y poder igualador²². Porque si la primera equipara a los hombres en vida ("todos somos locos, los unos y los otros"), el último paso descarta toda diferencia mundana. De hecho, nótese al margen que estos tratados condenan el olvido del inevitable fin como gran locura²³.

Dentro de las disposiciones y los consejos que contienen las artes *bene moriendi*, atienden también al estado mental del moribundo.

22 Es caracterización habitual en la representación de la muerte, que don Quijote constata en el encuentro con el carro de las Cortes de la Muerte (II, 11); ver Cull (1992) y Schmidt (2010: 126-128). Sobre la tópica caracterización equiparadora de la locura en discursos paremiológicos y literarios, ver Schwartz (1985).

23 Por ejemplo, Espinosa escribe: "Suma locura es vivir en el estado que no quisieras morir. Si no quieres morir soberbio, ¿por qué te atreves a mantener pompa mundana? Y si no quieres morir rico, ¿por qué mueres por no ser pobre? ¡Oh, engaño público de los hombres! ¡Oh, locura general de los hijos de Adán!" (63). O al contemplar las penas del infierno: "¡Hombre loco!, ¿es posible que creo esto y vivo como vivo?" (*Infierno*, 75). Venegas dedica un capítulo a "De la locura que impide la preparación de la muerte" (II, 8). Ver también Mondragón, *Censura de la locura humana y excelencias della* (1598), I, caps. 18 y 19: "De cómo son locos los que van tras los contentos desta vida" y "De cómo los que confían en los hombres, olvidándose de Dios, son locos".

20 Ver Martínez Gil (1993); Redondo (1993); Laurence (1998); Adeva Martín (2002); VV.AA. (2008).

21 Schmidt (2010: 118-119) trata este proceso centrado en el "subgénero" inaugurado por Erasmo, quien concede al hombre un cierto poder sobre la muerte al trasladar la lucha entre el bien y el mal del momento postrero hasta la escena de la vida diaria. Con algo de exceso, a mi juicio, piensa que desde esta óptica Alonso Quijano concibe su locura quijotesca "en términos de pecado y no de irracionalidad" (121). Anteriormente había defendido la concepción del hidalgo de su muerte como una representación en la que debe actuar, una suerte de mentira que contradice sus andanzas como don Quijote (2000). Además, considera que "el contexto narrativo de la novela sirve para ironizar y aún para subvertir el dogma ortodoxo de la buena muerte" (2010: 123).

Primero, respecto al testamento, que el personaje vuelve a dictar al final de la novela. El requisito de "cabal juicio" era (y es) indispensable para la realización y la validez del mismo. Gracias a la autodeclaración de cordura, el personaje se asegura de que se cumplan sus disposiciones. En la *Agonía del tránsito de la muerte* (1537), uno de los tratados más difundidos, escribe Alejo Venegas:

Hase, pues, de hacer el testamento en sano juicio, porque después, o no habrá lugar de hacerse, o si se hace más será deliramiento que testamento. Porque si el hombre, por dilatar hasta la muerte su testamento, no le pudiese hacer muy acosado de la aguda enfermedad o de la violencia, deja ocasión de pleitos y de revueltas que los herederos suelen mover cuando no están limitados por cierta voluntad del que murió abintestado. [...] De manera que más seguro es hacer testamento en sanidad, con reposo, que en enfermedad con apresuramiento (II, 10, 130).

También fray Juan de Salazar en su *Arte de ayudar y disponer a bien morir a todo género de personas* (1608)²⁴, especialmente dirigido a sacerdotes, recomienda no dejarlo

para cuando se esté ya muriendo, cuando esté medio privado del juicio y desatinado de la fiebre y dolores de la enfermedad, cuando le apriete el mal de modo que no le dé tiempo para hacerlo y haya de dejar sus cosas indecisas y confusas. [...] No lo remita a tiempo en que le condene su locura, por no haberlo hecho cuando pudo y no estaba tan impedido como se hallará entonces; [...]. Todo lo cual dijo galanamente san Agustín en una de sus *Epístolas*: "Aconsejote —dice— que [...] hagas testamento mientras te hallares con entendimiento y sano discurso y, por decirlo en una palabra, mientras eres tuyo, porque en apretándote la enfermedad quizá no lo serás" (II, 2, 154).

Idéntico panorama requieren los sacramentos. Desde el siglo XII, en el rito latino se prescribe que no se pueden administrar determinados sacramentos a quienes no puedan responder de sus actos, como los niños y los niños. Santo Tomás examina con cuidado estas cuestiones en la *Suma Teológica*: por un lado, el alimento eucarístico no han de recibirlo aquellos que no tengan uso de razón porque no pueden mos-

²⁴ Cito por la edición de Rey Hazas (2003: 139-177).

trar devoción ni hacer examen de sí mismos; pero por otra parte se encuentra el deber de administrar tal sacramento de piedad. Responde: a los faltos de razón desde el nacimiento nunca se les ha de dar; pero quienes se vieron privados de lucidez durante su vida, si en el pasado "dieron muestras de devoción hacia el sacramento, se les ha de administrar en el artículo de muerte, a no ser que se presuma peligro de vómito o expectoración" (3, q. 80, a. 9). Lo mismo ocurre con la extremaunción, que de ningún modo debe conferirse a los furiosos y amantados, a quienes falta la necesaria devoción, salvo si disfrutasen "de algunos intervalos de lucidez" y pudiesen hacerse cargo del sacramento (3, q. 32, a. 3). Es decir, solo ha administrarse a quienes pueden recibirla con fruto, y don Quijote es inhábil para ello.

Ahora bien, la recepción de los auxilios sacramentales no se relaciona con la condenación o la salvación, como algunos críticos creen sin entender el sistema religioso. El destino del alma depende de sus actos en vida y del estado de gracia (o de pecado) en el que se halle en el momento de morir; y para los amentados y los niños basta con los méritos de Cristo (*Suma*, 2-2, q. 124, a. 1). Porque la locura sitúa a don Quijote fuera del plano ético que rige el actuar de los personajes literarios: "está en una dimensión anterior a las categorías del bien y del mal", dice Morón Arroyo (2005: 232). En su lecho de muerte renuncia a la ley de la caballería andante, pero no se arrepiente de sus acciones, porque sus locuras no son pecaminosas: son actos indiferentes en lo moral, como diría santo Tomás (*Suma*, 1-2, q. 18, a. 8-9)²⁵. Y ya cuerdo de vuelta, cumple como buen cristiano, en una muerte que cumple con el racionalismo teológico y, de la mano, con la razón antropológica, pues conjuntamente deja atados sus asuntos terrenos antes de morir para la sociedad.

Una última nota antes de concluir: el erasmismo de Cervantes sigue siendo tema controvertido y no quiero ahondar en él, pero la compara-

²⁵ Expone: "Si [el acto] no procede de la razón deliberante, sino de una cierta imaginación, [...] tal no es acto humano o moral hablando con propiedad, por que este carácter le viene de la razón. En este caso será indiferente, es decir, extraño al campo de los actos morales" (1-2, q. 18, a. 9). Con acierto dice Williamson (1991: 137): "el hecho de que esté loco impide cualquier tipo de juicio moral sobre su conducta, ya que un loco no se considera responsable de sus acciones y por tanto no puede cometer pecados. La locura de don Quijote no es más que un supuesto literario que le concede a Cervantes libertad para burlarse de las extravagancias de los libros de caballerías españoles".

ción entre las ideas erasmistas sobre la muerte y el desarrollo cervantino ya expuesto puede iluminar algo el panorama. Dentro de la Reforma protestante, Erasmo se muestra reacio a la necesidad de los sacramentos en la hora postrera en su *Praeparatio ad mortem*, traducida al castellano en 1535, un año después de su publicación latina²⁶. Sin embargo, el final del *Quijote* se aleja de la supuesta renovación de Erasmo y permanece cerca de las recomendaciones de las artes *bene moriendi* tradicionales²⁷. Con ello, queda claro que no pretendo proclamar la ortodoxia de Cervantes, sino tan solo constatar su modelo religioso más cercano para la muerte de su personaje. Acontecimiento que, según se repite, guarda gran paralelismo con el suyo propio "puesto ya el pie en el estribo".

26 Se lee: "Y si por ventura no tiene copia [sorcero] de sacerdote, no por eso, como algunos supersticiosos hacen, desconfíe. Antes confíese a Dios sus pecados, el cual por su misericordia recibirá la voluntad por obra y suplirá con su gracia la falta de sacramentos. La eficacia de los sacramentos en la virtud divina está. Señales son los sacramentos de la liberalidad que usa Dios con nosotros. Bien puede Dios salvar sin sacramentos cuando no se dejan por negligencia o por menosprecio. Esto me ha parecido decir porque vemos muchas veces que algunos se turban mucho cuando se ven morir sin confesión, sin extremaunción y sin la eucaristía. Y aun dicen muchos: 'Aquel murió cristianamente, porque se confesó tres veces antes que muriese y rescibió todos los sacramentos'. Y por el contrario nos santiguamos cuando oímos que muere alguno sin ellos. En verdad que es de buen cristiano desear que ningún sacramento le falte en la muerte, porque son grandes consuelos para el alma y grande esfuerzo para nuestra conciencia, y de buen cristiano es cumplir todas las obras justas, pero a todo sobrepaja desear fe y caridad, sin las cuales no aprovechan los sacramentos. Por las señales exteriores no debemos juzgar a ninguno, si no nos constase haberlas dejado por menosprecio o por negligencia, que a las veces iguala con menosprecio. Yo pienso que muchos sin absolución de sacerdote, sin la eucaristía, sin la extrema unción, sin exequis ni mortuorios, se han ido derechos a la gloria, como son los que mueren captivos entre moros, en batallas, en la mar, o en lugar cumplidamente hechas, y aun enterrados cabe el altar mayor, se van derechos al infierno. La causa, ellos la saben allá donde están" (1475-1506). Cito según la edición incluida en la bibliografía modernizando según criterios criso. Galván (en prensa) matiza que Erasmo, pese a lo que suele afirmarse, "no parece cambiar la visión de la vida y muerte humanas".

27 Mazzocchi (1995: 592) aboga, por el contrario, a favor de la influencia espiritual erasmiana en la representación de la muerte de don Quijote. Schmidt (2007: 116; 2010) lo sitúa en un momento de tránsito histórico entre el Medioevo y la Edad Moderna.

CODA

Los tres géneros discursivos contemplados se juntan en el alambiquado del ingenio de Cervantes para conformar un final que cumple múltiples fines: cierra el paso a nuevas continuaciones, parodia y crítica el patrón de cierre de los libros de caballerías a la par que elogia al excepcional (en los dos sentidos) *Tirante*, y, al fin, establece los pasos preparatorios para la muerte a partir de la doctrina cristiana (católica) del momento, expuesta principalmente en las *ars bene moriendi*. Todo en un camino muy cercano a la progresiva cordura del personaje. Aquí las aventuras debían cesar. Mas no será así: entre otros muchos, pronto Quevedo retomará la pluma de Cide Hamete y escribirá el romance satírico-burlesco titulado "Testamento de don Quijote". Pero esta historia se contará en otro momento.

BIBLIOGRAFÍA

- ADEVA MARTÍN, Ildelfonso (2002), "Ars bene moriendi. La muerte amiga", en Jaime Aurell y Julia Pavón (ed.), *Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, Eunsa (295-360).
- ALADRO, Jordi (2005), "La muerte de Alonso Quijano, un adiós literario", *Anales Cervantinos*, 36 (179-190).
- ANDRÉS GIL, Carlos M. (1996), "El libro de Avellaneda como purgante de la locura quijotesca", *Cervantes*, 16 (3-11).
- ANÓNIMO (1999), *Arte de bien morir y breve confesionario*, Francisco Gago Jover (ed.), Palma de Mallorca, Olaneta.
- ARISTÓTELES (2002), *Ética a Nicómaco*, María Araujo y Julián Marías (ed. bilingüe), 8.ª ed., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- BANDERA, Cesáreo (2005), "Monada y desnuda". *La humilde historia de don Quijote*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert.
- BORGES, Jorge Luis (1947), "Nota sobre el Quijote", *Realidad*, 2 (234-236).
- BORGES, Jorge Luis (1956), "Análisis del último capítulo del Quijote", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1 (29-36).
- CANAVAGGIO, Jean (2004), "La muerte deseada en la obra de Cervantes", en Carlos Romero Muñoz (ed.), *Le mappe nascoste di Cervantes*, Treviso, Santi Quaranta (9-24).
- CERVANTES, Miguel de (2005), *Don Quijote de la Mancha*, Francisco Rico (ed. dir.), Barcelona, Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg.
- CHEVALIER, Maxime (1981), "Don Quichotte et son public", en *Libre et lecture en Espagne et en France sous l'Ancien Régime*, Paris, Association pour la Diffusion de la Pensée Française (119-123).

- CULL, John T. (1992), "Death as the Great Equalizer in Emblems in *Don Quixote*", *Hispania*, 75 (10-19).
- DOMÍNGUEZ MATTO, Francisco (1999), "El arte del colofón. Un análisis de recurrencias en el último capítulo del *Quijote*", en José Ramón Fernández de Cano (ed.), *Actas del VIII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas (El Toboso, 23-26 de abril de 1998)*, El Toboso, Dulcinea del Toboso (293-302).
- EHRUCHER, Hanno (2006), "Fin sin final. Sobre la inconclusión del *Quijote* de 1605", *Critición*, 96 (47-67).
- EHRUCHER, Hanno (2007), "Aleman, Cervantes y los continuadores. Conflictos de autoría y deseo mimético en la época de la imprenta", *Critición*, 101 (151-175).
- ESPINOSA, Pedro (2008), *Espejo de cristal*, Tania Domínguez García (ed.), Málaga, Universidad de Málaga.
- FAJARDO, Salvador J. (1994), "Closure in *Don Quixote*, i: A Reader's Canon's", *Cervantes*, 14.1 (41-60).
- FERNÁNDEZ S. J., Jaime (1985), "Muerte de Don Quijote: en torno al valor ético del personaje", *Anales Cervantinos*, 23 (9-17).
- FERNÁNDEZ S. J., Jaime (2006), "Visión de la crítica en el siglo XX sobre la muerte de don Quijote", *Edad de Oro*, 25 (141-155).
- FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, Alonso (2000), *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Luis Gómez Canseco (ed.), Madrid, Biblioteca Nueva.
- FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, Juan (1994), "Anticipation and Meaning in *Don Quixote's* Death", *Indiana Journal of Hispanic Literatures*, 5 (81-90).
- Fox, Dian (1985), "The Apocryphal Part One of *Don Quixote*", *Modern Language Notes*, 100.2 (406-416).
- FRENK, Margit (en prensa), "Don Quijote ¿muere cuando?", en *Actas del XVII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Roma, 19-24 de julio de 2010)*.
- FRYE, Northrop (1991), *Anatomía de la crítica*, Edison Simons (trad.), 2.ª ed., Caracas, Monte Ávila. [Anatomy of Criticism: Four Essays, Princeton, Princeton University Press, 1957.]
- FRYE, Northrop (1992), *La escritura profana*, Edison Simons (trad.), 2.ª ed., Caracas, Monte Ávila. [The Secular Scripture. A Study of the Structure of Romance, Boston, Harvard University Press, 1976.]
- GALVÁN, Luis (en prensa), "El motivo de la muerte en los libros de caballerías: articulación narrativa y sentido histórico", *Bulletin Hispanique*.
- GALVÁN, Luis (inédito), "Teoría narrativa y teleología: en torno al caso del *Quijote*", comunicación presentada en el VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (Münster, 30 de septiembre-4 de octubre de 2009).
- GODOY, Eduardo (2004), "El arte de bien morir en el *Quijote*", en Ignacio Arellano y Eduardo Godoy (ed.), *Temas del Barroco Hispánico*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert (129-147).
- GÓMEZ CANSECO, Luis (2006), "Don Quijote avellanizado y desavellanizado", en *Cuatro siglos os contemplam: Cervantes y el 'Quijote'*, Madrid, Eneida (37-48).
- JULIA MARTÍNEZ, Eduardo (1947-1948), "La serena muerte en Cervantes", en *Boletín de la Real Academia Española*, 27 (201-244).
- KOPPENFELS, Martin V. (2006), "Terminar - Abjurar. El último capítulo del *Don Quijote*", *Critición*, 96 (69-85).
- KRÖMER, Wolfram (2009), "El triunfo de la sabiduría o el arte de terminar una narración en el Siglo de Oro", en Martin Baxmeyer, Michaela Peters y Ursel Schaub (ed.), *El sabio y el ocio: Zu Gelleh samkeit und Musse in der spanischen Literatur und Kultur des Siglo de Oro. Festschrift für Christoph Strosetzki zum 60. Geburtstag*, Tübingen, Gunter Narr (423-433).
- LAWRENCE, Jeremy (1998), "La muerte y el morir en las letras ibéricas al fin de la Edad Media", en Aegnus M. Ward et. al. (ed.), *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Birmingham, 21-26 agosto 1995)*, Birmingham, University of Birmingham, vol. 1 (1-26).
- LAWRENCE, Jeremy (1999), "Death in *Tirant lo Blanc*", en Arthur Terry (ed.), *"Tirant lo Blanc": New Approaches*, London, Tamesis (91-107).
- LO RÉ, Anthony G. (1989), "The Three Deaths of *Don Quixote*: Comments in Favor of the Romantic Critical Approach", *Cervantes*, 9.2 (21-41).
- MAESTRO, Jesús G. (2009), *Crítica de los géneros literarios en el 'Quijote': Idea y concepto de género en la investigación literaria*, Vigo, Academia del Hispanismo.
- MARTÍN JIMÉNEZ, Alfonso (2010), *Guzmanes y Quijotes: dos casos similares de conti-nuaciones apócrifas*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- MARTÍNEZ GIL, Fernando (1993), *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Madrid, Siglo XXI.
- MARTORELL, Joanot (1974), *Tirante el Blanco*, Martín de Riquer (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 5 vols.
- MAZZOCCHI, Giuseppe (1995), "La morte di don Chisciotte e le Artes bene morien-di", *Il Confronto Letterario*, 24 (581-597).
- MONDRAGÓN, Jerónimo de (1953), *Censura de la locura humana y excelencias della*, Antonio Vilanova (ed.), Barcelona, Selecciones Bibliófilas.
- MORÓN ARROYO, Ciriaco (2005), *Para entender el 'Quijote'*, Madrid, Rialp.
- MULLER, Cristina (2005), "Individuation, Ekphrasis, and Death in *Don Quixote*", en Frederick A. de Armas (ed.), *Ekphrasis in the Age of Cervantes*, Lewisburg, Bucknell University Press (156-171).
- REDONDO, Augustin (1993), *La peur de la mort en Espagne au Siecle d'Or. Littérature et iconographie (Paris, 29 mai 1992)*, Paris, La Sorbonne.
- REY HAZAS, Antonio (2003), *Artes de bien morir. Ars moriendi de la Edad Media y el Siglo de Oro*, Madrid, Lengua de Trapo.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci (2001), *Amadis de Gaula*, Juan Manuel Cacho Bleuca (ed.), 4.ª ed., Madrid, Cátedra, 2 vols.
- RODRÍGUEZ JULIA, Edgardo (1993), "El final del *Quijote*", *La Cervantiada*, Madrid, Ediciones Libertarias.
- RODRÍGUEZ-LUIS, Julio (1991), "On Closure and Openness in the two *Quijotes*", en James A. Parr (ed.), *On Cervantes: Essays for L. A. Murillo*, Newark, Juan de la Cuesta (227-240).
- RÖTTERDAM, Erasmo de (2000), *Preparación y aparejo para bien morir*, Bernardo Pérez de Chinchón (trad.) y Joaquín Parellada (ed.), Madrid, Fundación Universitaria Española / Universidad Pontificia de Salamanca.
- SÁEZ, Adrián J. (en prensa), "De Cervantes a Quevedo: testamento y muerte de don Quijote", *La Perinola*, 16.

- SCHMIDT, Rachel (2000), "The Performance and Hermeneutics of Death in the Last Chapter of *Don Quijote*", *Cervantes*, 20.2 (101-126).
- SCHMIDT, Rachel (2007), "Leyendo otros que sean luz del alma: el *Quijote* y la literatura del *Ars moriendi*", en Emilio Martínez Mata (ed.), *Cervantes y el "Quijote"*. *Actas del Coloquio Internacional (Oviedo, 27-30 de octubre de 2004)*, Madrid. Arco Libros (113-124).
- SCHMIDT, Rachel (2010), "La praxis y la parodia del discurso del *ars moriendi* en el *Quijote* de 1615", *Anales Cervantinos*, 42 (117-130).
- SCHWARTZ, Lía (1985), "Discurso paremiológico y discurso satírico: de la locura y sus interpretaciones", *Filología*, 20.2 (51-73).
- SICROFF, Albert A. (1975), "La segunda muerte de don Quijote como respuesta de Cervantes a Avellaneda", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 24.1 (267-291).
- TOMÁS DE AQUINO, santo (1954-1957), *Suma Teológica*, Teófilo Urdanoz (dir. ed. bilingüe), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, vols. 4, 10, 13-14.
- VENEGAS, Alejo de (1911), *Agonía del tránsito de la muerte: con los avisos y consuelos que acerca de ella son provechosos*, en *Escritores místicos españoles*, Madrid, Bailly Baillière (105-318). [NBAE, 16]
- VV.AA. (2008), *A Arte de morir: relatos, formas e circunstancias*, *Via Spiritus*, 15.
- WILLIAMSON, Edwin (1991), *El "Quijote" y los libros de caballerías*, M.^a Jesús Fernández Prieto (trad.), Madrid, Taurus.